

Ser fieles a Cristo es serlo a los pobres de la tierra

Observaciones al mensaje de los obispos cubanos

Cintio Vitier

“Como católico he recibido con el mayor respeto el Mensaje de la Conferencia Episcopal dirigido al pueblo de Cuba en la reciente festividad de la Virgen de la Caridad del Cobre, documento cuya lectura me ha suscitado las siguientes observaciones.

1. En los primeros párrafos me sorprenden frases nostálgicas referidas a cómo era el cubano ‘antes’ y cómo hemos dejado de ser a aquel sagrado Corazón de Jesús o aquella estampa de la caridad presidiendo en la sala la vida de la familia cubana, o aquel modo simpático de saludar: ‘¡Mi familia!’ de donde se concluye asombrosamente. “Así, como una gran familia, ha sido siempre, ha sido nuestro pueblo”. ¿Pero así era realmente Cuba? ¿Todo eso no flotaba sobre una realidad social espantosa? ¿Por qué empezar añorando aquella República corrompida hasta la médula, neocolonial e injusta, en un llamado al diálogo? Por lo que toca a expresiones populares, el “mi hermano” de hoy no vale tanto como (y suena más auténtico) que “mi familia” de antes?.

2. Se insiste en la improcedencia para el cristiano, de juzgar las intenciones, el corazón de los hombres, en este caso de los gobernantes. Pero simultáneamente se afirma que uno de los males que nos afligen (quizás el principal) es el de la justicia sin amor, el de la justicia que coexiste con el odio. Y se llega a decir: “ante una justicia sin amor, que puede ser la del ojo por ojo y diente por diente (Mt 5:38), es posible que el hombre experimente aún una mayor opresión ¿Quiere decir que antes, en plena y selvática injusticia, había “menos” opresión? ¿Es lícito presumir falta de amor en obras sociales como la alfabetización, la educación y la atención médica gratuitas para todos, entre otras muchas sin paralelo en América Latina? ¿Falta de amor, en la ayuda totalmente desinteresada a otros pueblos del Tercer Mundo? ¿Puede afirmarse en conciencia que nuestra sociedad actual (ni siquiera en relación con los Estados Unidos) está dominada por el odio sin que en su seno deje de haber pasiones que en momentos de crisis pueden (y no debieran) desbordarse? ¿Hubo manifestaciones de odio en la reciente movilización popular en apoyo a los Pastores de Paz, sobre cuya proeza espiritual, por cierto, la Iglesia católica guardó un enigmático silencio? La cita de Martí -“triste Patria sería la que tuviera el odio por sostén”- ¿Es en verdad aplicable a la Cuba de hoy?.

3. Los Obispos también insisten en que no son políticos y en que la Iglesia no puede tener un programa político, pero de hecho (lo que en sí no es objetable) realizan un análisis político y proponen una solución política: el diálogo nacional. En el análisis se empieza por decirnos que la Revolución reaccionó "frente a algunas realidades negativas que nos legaron anteriores gobiernos". El subrayado es mío, porque quisiera saber cuáles eran las realidades positivas (al parecer mayoritarias, ya que las negativas fueron sólo "algunas") en la Cuba de los años cincuenta. Para nada se habla de la dependencia de los Estados Unidos, pero sí se señala la nueva dependencia "que nos llevó a copiar estructuras y modelos de comportamiento" provenientes de la Europa del Este. Al soslayarse la primera dependencia, no parece tener ninguna relación con la segunda, ni desde luego procede distinguir sus circunstancias y caracteres respectivos, ni reconocer la absoluta soberanía que hemos conquistado.

4. ¿Quién pone en duda -como dijo el Cardenal Etchegaray y lo saben hasta los niños "Cuba no puede esperar todo de los demás"? ¿Es que acaso Cuba está de manos cruzadas esperando que "los demás" le resuelvan los problemas?. Destruído el bloque socialista ¿quiénes podrían ser ahora "los demás"? ¿El Mensaje alude indiscriminadamente a "la solidaridad extranjera" (que tanto se agradece, pero de la que nadie espera ninguna solución definitiva), a "las inversiones extranjeras" (que es una decisión cubana con objetivos cubanos), al "turismo extranjero" (que es un recurso universal) y al "dinero de los que viven en el extranjero", que es una opción indeseable, pero admisible por la gravedad de la crisis económica. Sin duda estamos de acuerdo en que la generación interna de producción y riqueza será la única solución económica perdurable.

5. Los Obispos se preguntan: "¿Por qué hay tantos cubanos que quieren irse y se van de su Patria?" Esa preocupación no pareció tenerla la Iglesia cuando la emigración revolucionaria del siglo pasado. Claro que estos Obispos no son aquéllos. Pero hoy todos sabemos que hay una emigración creciente de los países pobres hacia los países ricos. No negamos, sin embargo, la validez de esa preocupación, siempre que sea balanceada con otra pregunta: ¿Por qué hay tantos cubanos, que teniendo la oportunidad de no regresar, regresan a seguir pasando innumerables trabajos y penurias en su Patria? Y son la mayoría.

6. Abogan los Obispos por "el derecho a la diversidad". ¿Ha practicado históricamente la Iglesia ese derecho? ¿Lo admitió la monarquía cuando la Iglesia fue su aliada inseparable? ¿Se practicó la diversidad en la España de Franco, declarado hijo predilecto de la Iglesia? Más allá de estas inconsecuencias, digamos, institucionales, tienen razón los Obispos: hay que preservar el derecho a la diversidad, pero antes hay que defender el derecho a la supervivencia como nación independiente. Un país asediado hasta extremos inauditos no puede darse el lujo idílico, como no se lo dieron los Estados Unidos durante más de cuarenta años sin partidos después de independizarse, ni mucho menos cuando se vieron ante la amenaza nazi y apretaron fila con la Unión Soviética. Tampoco en el Partido Revolucionario Cubano de José Martí pudieron entrar ni dialogar los anexionistas.

7. En el "Mensaje de la Conferencia de los Obispos católicos de Cuba" hay señalamientos objetivos acerca de problemas reales como un cierto deterioro moral y un relativo incremento de la violencia (incomparable con los de otros muchos países, comenzando por Estados Unidos), una pérdida de valores especialmente en el ámbito de la familia, el aumento de la mortalidad por abortos (en doloroso contraste con la sensacional reducción de la mortalidad infantil) y otros que pueden discutirse con diversos criterios. Consideración más cuidadosa merece el fenómeno de la prostitución, erradicado desde los primeros años del triunfo revolucionario como explotación de víctimas sociales, presentes hoy, en el contexto turístico, como iniciativa personal incontrolable, pero que requiere sin duda la máxima atención, como los otros problemas apuntados, de la autoridades, los educadores y la sociedad toda.

Al reiterar su rechazo a "cualquier tipo de medida que, pretendiendo sancionar al gobierno cubano, contribuya a aumentar las dificultades de nuestro Pueblo", y al exhortarnos a "revitalizar la esperanza de los cubanos", hacen los Obispos el mejor servicio de su mensaje. Esto es lo que piensa, como un miembro más de la preocupada feligresía católica, el autor de estas líneas, recordando que nuestra Patrona, fervorosamente invocada por los Obispos como Virgen Madre del Amor, es la misma que en el cántico del Magnificat enaltece a Dios porque "ha derribado a los poderosos de su trono y ha ensalzado a los humildes", porque ha colmado de bienes a los hambrientos y vacíos ha despedido a los ricos" (Lucas 1,52-53): visión profética (Y sociopolítica) donde el amor se presenta en toda plenitud de su militancia histórica.

En cuanto a las múltiples respuestas que pueden darse al Mensaje, creo que ellas debieran ser tan firmes en las convicciones como moderadas en el lenguaje, cumpliendo la regla de oro martiana: "¿Quién con epítetos labra? ¿Quién con injurias convence?" Y ellos no sólo para no perder la razón por la forma de esgrimirla, sino también para evitar males mayores e innecesarios a la Patria.

La Habana, 20 de septiembre de 1993.

[Tomado de Nuevo Amanecer Cultural,
El Nuevo Diario, Managua, (Enero 24 de 1994) p.5]